

contaban desde que nos alcanzaron a ver; y cuando nos acercamos a la casa estaban aún indecisas entre el susto y la alegría, pues por nuestra demora y los disparos que habían oído, suponían que habíamos corrido peligro. Fué Tránsito quien se adelantó a recibirnos, notablemente palida.

—¿Lo mataron?—nos gritó.

—Sí, hija—le respondió su padre.

Todas nos rodearon, entrando en la cuenta hasta la vieja Marta, que llevaba en las manos un capón a medio pelar. Lucía se acercó a preguntarme por mi escopeta; y como yo se la mostrase añadió en voz baja:

—Nada le ha sucedido, ¿eh?

—Nada—le respondí cariñosamente, pasándole por los labios una ramita.

—Ya pensaba...

—¿No ha bajado ese fantasioso de Lucas por aquí?—preguntó José.

—El no—respondió Marta.

José mascullo una maldición.

—Pero, ¿dónde está lo que mataron?—dijo al fin haciéndose oír la señora Luisa.

—Aquí, tía—contestó Braulio.

Y ayudado por su novia, se puso a abrir la mochila, diciéndole a la muchacha algo que no alcancé a oír. Ella me miró de una manera particular, y sacó de la sala un banquito para que me sentase en el empedrado, desde el cual dominaba yo la escena. Extendida en el patio la grande y aterciopelada piel, las mujeres intentaron reprimir un grito; mas al rodar la cabeza sobre la grama, no pudieron contenerse.

—Pero, ¿cómo lo mataron? Cuénten—decía la señora Luisa,—todos están como tristes.

—Cuéntenos—añadió Lucía.

Entonces José, tomando la cabeza del tigre entre las dos manos, dijo:

—El tigre iba a matar a Braulio, cuando el señor (señalándome) le dió este balazo.

Mostró el foramen que en la frente tenía la ca-

beza. Todos se volvieron a mirarme, y en cada una de esas miradas había recompensa de sobra para una acción que la mereciera.

José siguió refiriendo con pormenores la historia de la expedición, mientras hacía remedios a los perros heridos, lamentando la pérdida de los otros tres. Braulio estacaba la piel ayudado por Tiburcio. Las mujeres habían vuelto a sus faenas, y yo dormitaba sobre uno de los poyos de la salita en que Tránsito y Lucía me habían improvisado un colchón de ruanas. Servíame de arrullo el rumor del río, los graznidos de los gansos, el balido del rebaño que pacía en las colinas cercanas, y los cantos de las dos muchachas que lavaban ropa en el arroyo. La naturaleza es la más amorosa de las madres cuando el dolor se ha adueñado de nuestra alma, y si la felicidad nos acaricia, ella nos sonríe.

## XXII

Las instancias de los montañeses me hicieron permanecer con ellos hasta las cuatro de la tarde, hora en que, después de larguísimas despedidas, me puse en camino con Braulio, que se empeñó en acompañarme. Habíame aliviado del peso de la escopeta y colgado de uno de sus hombros una guambía. Durante la marcha le hablé de su próximo matrimonio y de la felicidad que le esperaba amándole Tránsito como lo dejaba ver. Me escuchaba en silencio, pero sonriendo, de manera que estaba por demás hacerle hablar. Habíamos pasado el río y salido de la última ceja de monte para empezar a descender por las quebradas de la falda limpia, cuando Juan Angel, apareciéndose por entre unas moreras, se nos interpuso en el sendero, diciéndonos con las manos unidas en ademán de súplica:

—Yo vine, mi amo... Yo iba... pero no me haga nada su mercé... Yo no vuelvo a tener miedo.

—¿Qué has hecho? ¿Qué es?—le interrumpió.  
¿Te han enviado de casa?

—Sí, mi amo, sí, la niña; y como me dijo que me mercé que volviera...

No me acordaba de la orden que le había dado.

—¿Conque no volviste de miedo?—le preguntó Braulio riendo.

—Esto fué, sí, eso fué... Pero como Mayo pasó por aquí asustado, y luego fior Lucas, que me encontró pasando el río, me dijo que el tigre me había matado a fior Braulio...

Este dió rienda suelta a una estrepitosa risa, diciéndole al fin al negrito aterrado:

—Y te has estado todo el día metido entre estos matorrales como un conejo.

—Como fior José me gritó que volviera pronto porque no debía andar solo por allá arriba—respondió Juan Angel royéndose las uñas de las manos.

—¡Vaya! Yo te mezquino (1)—repuso Braulio—pero es con la condición de que en otra ocasión has de ir pie con pie conmigo.

El negrito lo miró con ojos desconfiados, antes de resolverse a aceptar así el perdón.

—¿Convienes?—le preguntó distraído.

—Sí, mi amo.

—Pues vamos andando. Tú, Braulio, no te incomodes en acompañarme más; vuélvete.

—Si es que yo quería...

—No, ya ves que Tránsito está toda asustada hoy. Dí allá mil cosas en mi nombre.

—Y esta guambía que llevaba... ¡Ah!—continuó—tómala tú, Juan Angel. ¿No irás a romper escopeta del patrón por aquí? Mira que le da la vida a ese—dijo.—Será lo mejor—observó, recibírsela yo.

Di un apretón de manos al valiente cazador y nos separamos. Distante ya de nosotros, gritó:

—Lo que va en la guambía es muestra de mi honor. Lo que le encargó su papá a mi tío,

(1) Quiere decir desafiando.

Y convencido de que se le había oído, se internó en el bosque. Detúvose a dos tiros de fusil de la casa, a orillas del torrente que descendía ruidoso hasta esconderse en el huerto. Al continuar bajando, busqué a Juan Angel; había desaparecido, y supuse que, temeroso de mi enojo por su cobardía, habría resuelto solicitar amparo mejor que el ofrecido por Braulio con tan inaceptables condiciones. Tenía yo un cariño especial al negrito; él contaba a la sazón doce años; era simpático y casi podría decirse que bello. Aunque inteligente, su índole tenía algo de hurafia. La vida que hasta entonces había llevado no era la adecuada para dar suelta a su carácter, pues mediaban motivos para mimarle. Feliciano, su madre, criada que había desempeñado en la familia funciones de aya y disfrutado de todas las consideraciones de tal, procuró siempre hacer de su hijo un buen paje para mí.

Mas fuera del servicio de mesa y de cámara y de su habilidad para preparar café, en lo demás era desmañado y bisoño.

Muy cerca ya de la casa, noté que la familia estaba aún en el comedor, y deduje que Carlos y su padre habían venido. Desviéme a la derecha, salté el vallado del huerto, y atravesé éste para llegar a mi cuarto sin ser visto. Colgaba el saco de caza y la escopeta, cuando percibí en el comedor un ruido de voces desacostumbrado. Mi madre entró a mi cuarto en ese momento, y averigüé la causa de lo que oía.

—Es—me dijo,—que los señores de M\*\*\* están aquí, y ya sabes que Jerónimo habla siempre como si estuviese a la orilla de un río.

Carlos en casa, pensé: este es el momento de prueba de que habló mi padre. Carlos habrá pasado un día de enamorado, en ocasión propicia para admirar a su pretendida. ¡Que no pueda yo hacerle ver a él cuánto la amo! ¡No poder decirle a ella que seré su esposo!... Este es un tormento peor de lo que yo había imaginado,

Mi madre, notándome tal vez preocupado, me dijo:

—¿Cómo, has vuelto triste?

—¡No, señora; cansado!

—¿La cacería ha sido buena?

—Muy feliz.

—¿Podré decir a tu padre que le traes la piel de oso que te encargó?

—No, sino una hermosísima de tigre.

—¿De tigre?

—Sí, señora; del que hacía daños por aquí.

—Pero eso habrá sido horrible.

—Los compañeros eran muy valientes y diestros.

Ella había puesto ya a mi alcance todo lo que yo podía necesitar para el baño y cambio de ropas; y a tiempo que ajustaba la puerta después de haber salido, le advertí que no dijera nada de vía que yo había regresado.

Volvió a entrar, y con aquella voz dulce cuanto afectuosa, que le hacía irresistible siempre que me aconsejaba, me dijo:

—¿Tienes presente lo que hablamos sobre la visita de esos señores?

Satisfecha de la respuesta, añadió:

—Bueno. Yo confío en que saldrás muy bien.

Y cerciorada de nuevo de que nada podía faltarme, salió.

Lo que Braulio había dicho que era mineral, no era otra cosa que la cabeza del tigre, y con la astucia, había conseguido hacer llegar a casa aquel trofeo de nuestra hazaña. Por los comentarios de la escena hechos en casa después, supe que en el comedor había sucedido esto: iba a servirse el café en el momento en que llegó Juan Angel diciendo que yo venía ya, e impuso a mi padre del contenido de la mochila. Este, deseoso de que don Jerónimo le diese su opinión sobre los cuernos, mandó al negrito que los sacase; y trató de hacerlo así, cuando dió un grito de terror y un salto de venado sorprendido. Cada uno de los circunstantes quiso averiguar lo que había pasado. Juan Angel, de espaldas contra la pared, le

ojos fanaños, y señalando con los brazos extendidos hacia el saco, exclamó:

—¡El tigre!

—¿En dónde?—preguntó don Jerónimo derramando parte del café que tomaba, y poniéndose en pie con más presteza que era de esperar le permitiera su esférico abdomen.

Carlos y mi padre dejaron también sus asientos.

Emma y María se acercaron una a otra.

—En la guambía—repuso el interpelado.

A todos les volvió el alma del cuerpo. Mi padre sacudió con precaución el saco, y viendo rodar la cabeza sobre las baldosas, dió un paso atrás; don Jerónimo otro, y apoyando las manos en las rodillas, prorrumpió:

—¡Monstruoso!

Carlos, adelantándose a examinar de cerca la cabeza:

—¡Horrible!

Felipe, que llegaba llamado por el ruido, se puso en pie sobre un taburete. Eloísa se asió de un brazo de mi padre. Juan, medio llorando, trató de subirsele sobre las rodillas a María; y ésta tan pálida como Emma, miró con angustia hacia las colinas, esperando verme bajar.

—¿Quién lo mató?—preguntó Carlos a Juan Angel, el cual se había serenado ya.

—¡La escopeta del amito!

—¿Conque la escopeta del amito sola?—recalcó don Jerónimo riendo y ocupando de nuevo su asiento.

—No, mi amo, sino que don Braulio dijo ahora en la loma que le debía la vida a ella...

—¿Dónde está, pues, Efraín?—preguntó intranquilo mi padre, mirando a María.

—Se quedó en la quebrada.

En este momento regresaba mi madre al comedor. Olvidando que acababa de verme, exclamó:

—¡Ay, mi hijo!

—Viene ya—observó mi padre.

—Sí, sí; ya sé—respondió ella,—pero, ¿cómo iban a matado este animal?

—Aquí fué el balazo—dijo Carlos inclinándose a señalar el foramen de la frente.

—Pero, ¿es posible—preguntó don Jerónimo a mi padre, acercando el braserillo para encender un cigarro,—es de creerse que usted permita eso a Efraín?

Sonrió mi padre al contestarle con algo de propia satisfacción:

—Le encargué hace unos días una piel de tigre para los pies de mi cama, y seguramente habrán preferido traerme una de tigre.

María había visto ya en los ojos de mi madre lo que podía tranquilizarla. Se dirigió al salir llevando a Juan de la mano: éste, asido de la falda de ella, y asustado aún, la impedía andar. Hubo de alzarlo, y le decía al salir:

—¿Llorando? ¡ah, feo! ¿Un hombre con miedo?

Don Jerónimo, que alcanzó a oírlo, observó mirándose en una silla y arrojando una bocanada de humo:

—Ese también matará tigres.

—Vea usted a Efraín hecho un cazador de fieras—dijo Carlos a Emma, sentándose a su lado—y en el colegio no se dignaba disparar un bodeguero a un paparote (1). Y no señor... recuerde ahora que en unos asuetos le vi hacer buenos tiros en la laguna de Fontibón.

—¿Y estas cacerías son frecuentes?

—Otras veces—respondióle mi hermana,—ha matado con José y Braulio osos pequeños y lobos muy bonitos.

—Yo que pensaba instarle para que hiciésemos mañana una cacería de venados, y preparándonos para eso vine con mi escopeta inglesa.

—El tendrá mucho placer en divertir a ustedes si ayer hubiese usted venido, hoy habrían matado ambos a la cacería.

—¡Ah! sí... si yo hubiera sabido...

(1) Gorrón.

Mayo, que habría estado despachando algunos bocados sabrosos en la cocina, pasó entonces por el comedor. Paróse al ver la cabeza, erizado el cogote y el espinazo, dió un cauto rodeo para acercarse al fin a olfatearla. Recorrió la casa a galope, y volviendo al comedor, se puso a aullar: no me hallaba, y acaso le avisaba su instinto que yo había corrido peligro. A mi padre le impresionaron los aullidos; era hombre que creía en cierta clase de presagios y agüeros, preocupaciones de su raza, de las cuales no había podido prescindir por completo.

—Mayo, Mayo, ¿qué hay?—dijo acariciando al perro, y con mal disimulada impaciencia:—este niño que no llega...

A este tiempo entraba ya al salón, en un traje en que a la verdad no me hubiera reconocido sino muy de cerca Tránsito y Lucía. María estaba allí. Apenas hubo tiempo para que se cambiase entre ella y yo una sonrisa. Juan, que estaba sentado en el regazo de María, me dijo en su torpe lengua al pasar, señalándome la puerta del corredor:

—Ahí está el coco.

Y yo entré al comedor sonriendo, porque me figuraba que el niño hacía alusión a don Jerónimo. Di un estrecho abrazo a Carlos, que se adelantó a recibirme, y por aquel momento olvidé casi lo que en los últimos días había sufrido por culpa suya. El señor de M\*\*\* estrechó cordialmente en sus manos las mías, diciendo:

—¡Vaya, vaya! ¿cómo no hemos de estar viejos, si todos estos muchachos se han vuelto hombres?

Seguimos al salón. María no estaba en él. La conversación rodó sobre la cacería última, y fui casi desmentido por don Jerónimo al asegurarme que el éxito de ella se debía a Braulio, pues me puso de frente lo referido por Juan Angel. Emma me hizo saber que Carlos había venido preparado para que hiciésemos una cacería de venados; él se entusiasmó con la promesa que

le hice de proporcionarle una linda partida a las mediaciones de la casa.

Luego que salió mi hermana, quiso Carlos hacerme ver su escopeta inglesa, y con tal fin pasamos a mi cuarto. Era el arma exactamente igual a la que mi padre me había regalado a mi regreso de Bogotá, aunque antes de verla yo, me aseguraba Carlos que nunca había venido al país cosa semejante.

—Bueno—me dijo luego cuando la examiné.—¿Con ésta también matarás animales de esta clase?

—Seguramente que sí: a sesenta varas de distancia no bajará una línea.

—¿A sesenta varas se hacen esos tiros?

—Es peligroso exigir todo el alcance del arma en esos casos; a cuarenta varas es ya un tiro largo.

—¡Qué! ¿tan lejos estabas cuando disparaste sobre el tigre?

—A treinta pasos.

—Hombre; yo necesito hacer algo bueno en la cacería que tendremos, porque de otro modo dejaré enmohecer esta escopeta y juraré no haber cazado ni tominejas en toda mi vida.

—¡Oh! ya verás; te haré lucir, porque haré entrar el venado al huerto.

Carlos me hizo mil preguntas sobre sus compañeros, discípulos, vecinas y amigas de Bogotá: entraron por mucho los recuerdos de nuestra vida estudiantil: hablóme de Emigdio y de sus nuevas relaciones con él y rió con gana acordándose del cómico desenlace de los amores de nuestro amigo con Micaelina. Carlos había regresado al Cauca ocho meses antes que yo. Durante ese tiempo sus patillas habían mejorado, y la negrura de ellas hacían contraste con sus mejillas sonrosadas, y su boca conservaba la frescura que siempre le había hecho admirable; la cabellera abundante y medio crespá sombreaba su tersa frente, de ordinario serena como la de un rostro de porcelana. Decididamente era un buen mozo. Hablóme también de sus trabajos de campo, de las novilladas

que cebaba en la actualidad, de los nuevos pasteles que estaba haciendo; y, por fin, de la esperanza fundada que tenía de ser muy pronto propietario acomodado. Yo le veía hacer la puntaría seguro del mal suceso; pero procuraba no interrumpirle para evitarme así la incomodidad de hablarme de mis asuntos.

—Pero, hombre—dijo poniéndose de pie delante de mi mesa y después de una larguísima disertación sobre las ventajas de los cebaderos de guinea, sobre los de pasto natural,—aquí hay muchos libros. Tú has venido cargado con todo el estante. Yo también estudio, es decir, leo... no hay tiempo para más; y tengo una prima bachillera que se ha empeñado que me engulla un diluvio de novelas. Ya sabes que los estudios serios no han sido mi flaco: por eso no quise graduarme, aunque pude haberlo hecho. No puedo prescindir del fastidio que me causa la política y de lo que me encocora todo eso de litis, a pesar de que mi padre se lamenta día y noche de que no me ponga al frente de sus pleitos: tienen manía de litigar, y las cuestiones más graves versan sobre veinte varas cuadradas de pantano o la variación de cauce de un zanjón que ha tenido el buen gusto de echar al lado del vecino una fajilla de nuestras tierras.

—Veamos—empezó, leyendo los rótulos de los libros.—«Frayssinous», «Cristo ante el siglo», «La Biblia»... Aquí hay mucha cosa mística. «Don Quijote»... Por supuesto, jamás he podido leer dos capítulos.

—¿No, eh?

—«Blair» — continuó;—«Chateaubriand». Mi prima Hortensia tiene furor por éste. «Gramática inglesa». ¡Qué lengua tan rebelde! no puedo entrarle.

—Pero ya hablas algo.

—El «how do you do» como el «comment ça va-t-il» del francés.

—Pero tienes una brillante pronunciación.

—Eso me decían por estimularme.

Y siguiendo el examen de los libros:

— «Shakespeare»... «Calderón»... versos, ¿no? «Teatro Español», ¿más versos? Confiésemelo, ¿todavía haces versos? Recuerdo que hacías algunos que me entristecían, haciéndome pensar en el Cauca. ¿Conque haces versos?

—No.

—Me alegro de ello, porque acabarías por morirte de hambre.

—«Cortés»—continuó, —¿conquista de Méjico?

—No, es otra cosa.

—«Tocqueville. Democracia en América»... ¡Pesele! «Segur»... ¡Qué runfla!

Al llegar aquí sonó la campanilla del comedor avisando que el refresco estaba servido. Carlos suspendiendo la fiscalización de mis libros, se acercó al espejo, peinó sus patillas y cabellos con una peinatilla de bolsillo, plegó, como una modistita, un lazo, el de su corbata azul, y salimos.

XXIII

Carlos y yo nos presentamos en el comedor. Los asientos estaban distribuidos así: presidía la mesa mi padre: a su izquierda acababa de sentarse mi madre; a su derecha, don Jerónimo desdoblaba la servilleta sin interrumpir la pesada historia de aquel pleito que por linderos sostenía con don Ignacio; a continuación del de mi madre había un asiento vacío y otro al lado del señor M\*\*\*; en seguida de éstos, y dándose frente, se hallaban María y Emma, y después los niños.

Cumplíame señalarle a Carlos cuál de los dos asientos vacantes debía ocupar. Al tiempo de enseñárselo, María, sin mirarme, apoyó una mano en la silla que tenía inmediata, como solía hacerlo, para indicarme sin que lo comprendiesen los demás, que podía estar cerca de ella. Dando quizá ser entendida, buscó instantáneamente mis ojos con los suyos, cuyo lenguaje en

las ocasiones me era tan familiar. No obstante, ofrecí a Carlos la silla que ella me brindaba y me senté al lado de Emma. Puso milagrosamente don Jerónimo punto final a su alegato de conclusión que había presentado al Juzgado el día anterior, y volviéndose a mí, dijo:

—¡Vaya que les ha costado trabajo a ustedes interrumpir sus conferencias! De todo habrá habido: buenos recuerdos del pasado, de ciertas vicinidades que teníamos en Bogotá... proyectos para el porvenir... Corriente. No hay como volver a ver un discípulo querido. Yo tuve que olvidarme que ustedes deseaban yerse. No acuse usted a Carlos por tanta demora, porque él fué capaz hasta de proponerme venir solo.

Manifesté a don Jerónimo que no podía perdonarle el que me hubiese privado por tanto tiempo del placer de verlos a él y a Carlos; y que, sin embargo, sería menos rencoroso si la permanencia de ellos en casa era larga. A lo cual me respondió con la boca, no tan desocupada como fuera de desearse, y mirándome al soslayo mientras tomaba un sorbo de chocolate:

—Eso es difícil, porque mañana empiezan las datas de sal.

Después de un momento de pausa, durante el cual sonrió mi padre imperceptiblemente, continuó:

—Y no hay remedio: si no estoy allá, debe estar este.

—Tenemos mucho que hacer—apuntó Carlos con cierta suficiencia de hombre de negocios; la cual debió de parecerle oportuna sabiendo que cazar y estudiar eran mis ocupaciones ordinarias.

María, resentida tal vez conmigo, esquivaba mirarme. Estaba bella más que nunca, así ligeramente pálida. Llevaba un traje de gasa negra salpicado de uvillas azules, cuya falda, cayendo desde la cintura en numerosísimos pliegues, susurraba cuando ella andaba, como las brisas de la noche en los rosales de mi ventana. El pecho cubierto con una pañoleta transparente del mismo color

CARLA ALFONSO  
MILITESTI UNITE

del traje, que parecía no atreverse a tocar ni la base de su garganta de tez de azucena: pendiente de ésta, en un cordón de pelo negro, brillaba una crucecita de diamantes; la cabellera, dividida en dos trenzas de abundantes guedejas, le ocultaba a medias las sienas, y ondeaba a sus espaldas. La conversación se había hecho general, y mi hermana me preguntó casi en secreto por qué había preferido aquel asiento. Yo le respondí con un «así debe ser», que no le satisfizo: miróme con extrañeza y buscó luego en vano los ojos de María: estaban tenazmente velados por sus párpados de raso perla. Levantados los manteles, se hizo la oración de costumbre. Nos invitó mi madre a pasar al salón: don Jerónimo y mi padre quedaron en la mesa hablando de sus empresas de campo. Presentéle a Carlos la guitarra de mi hermana, pues sabía que ejecutaba bastante bien este instrumento. Después de algunas instancias convino en tocar algo. Preguntó a Emma y a María, mientras templaba, si eran aficionadas al baile; y como se dirigiese en particular a la prima, ella le respondió que nunca había bailado. El se volvió hacia mí, que regresaba en aquel momento de mi cuarto, diciéndome:

—¡Hombre! ¿Es posible?

—¿Qué?

—Que no hayas dado algunas lecciones de baile a tu hermana y tu prima. No te creía tan egoísta. ¿O será que Matilde te impuso por condición que no generalizaras tus conocimientos?

—Ella confió en los tuyos para hacer del Cauca un paraíso de bailarines.

—¿En los míos? Me obligas a confesar a las señoritas que habría aprovechado más si tú me hubieses asistido a tomar lecciones al mismo tiempo que yo.

—Pero eso consistió en que ella tenía esperanza de satisfacerte en diciembre pasado, puesto que esperaba verte en el primer baile que se diere en Chapinero.

La guitarra estaba templada, y Carlos tocó una

contradanza que él y yo teníamos motivos para no olvidar.

—¿Qué te recuerda esta pieza?—preguntóme poniéndose la guitarra perpendicularmente sobre las rodillas.

—Muchas cosas, aunque ninguna de particular.

—¿Ninguna? ¿Y aquel lance joco serio que tuvo lugar entre los dos, en casa de la señora...?

—¡Ah! sí; ya caigo.

—Se trataba de evitar un mal rato a nuestra puntillosa maestra; tú ibas a bailar con ella y yo...

—Se trataba de saber cuál de nuestras parejas debía poner contradanza.

—Y debes confesarme que triunfé, pues te cedi mi puesto—replicó Carlos riendo.

—Yo tuve la fortuna de no verme obligado a insistir. Haznos el favor de cantar.

Mientras duró este diálogo, María, que ocupaba con mi hermana el sofá a cuyo frente estábamos Carlos y yo, fijó por un instante la mirada en mi interlocutor para notar al punto lo que sólo para ella era evidente, que yo estaba contrariado; y fingió luego distraerse en anudar sobre el regazo los rizos de las extremidades de sus trenzas.

Insistió mi madre en que Carlos cantara. El entonó con voz llena y sonora una canción que andaba en boga en aquellos días, la cual empezaba así:

«El ronco son de la guerrera trompa  
llamó tal vez a la sangrienta lid,  
y entre el rumor de belicosa pompa  
marcha contento al campo el adalid.»

Una vez que Carlos dió fin a su trova, suplicó a mi hermana y a María que cantasen también. Esta parecía no haber caído en la cuenta de lo que se trataba.

—Habrás Carlos descubierto mi amor—me decía yo,—y complacídose por eso en hablar así. Me convencí después de que le había tuzado mal

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE LOS ANGELES

y de que si era él capaz de una ligereza, nunca lo sería de una malignidad. Emma estaba pronta. Acercándose a María, la dijo:

—¿Cantamos?

—¿Pero qué puedo yo cantar?—la respondió.

Me aproximé a María para decirle a media voz:

—¿No hay nada que te guste cantar, nada?

Miróme entonces como lo hacía siempre al decirle yo algo en el tono en que pronuncié aquellas palabras; y jugó un instante en sus labios una sonrisa semejante a la de una linda niña que se despierta acariciada por los besos de su madre.

—Sí, «Las Hadas»,—contestó.

Los versos de esta canción habían sido compuestos por mí. Emma, que los había encontrado en mi escritorio, les adaptó la música de otros que estaban de moda.

En una de aquellas noches de verano en que los vientos parecen convidar al silencio para escuchar vagos rumores y lejanos ecos; en que la luna tarda o no parece, temiendo que su luz importune; en que el alma, como una amante adorada que por unos momentos nos deja, se desahace de nosotros poco a poco, para tornar más que nunca amorosa; en una noche así, María, Emma y yo estábamos en el corredor del lado del valle, y después de haber arrancado la última a la guitarra algunos acordes melancólicos, concertaron sus voces, incultas, pero vírgenes, como la naturaleza que cantaban. Sorprendido, me parecieron bellas y sentidas mis malas estrofas. Terminada la última, María apoyó la frente en el hombro de Emma, y cuando la levantó, entusiasmado, yo murmuré a su oído el último verso. ¡Ah! parecen conservar aún de María no sé si un aroma; algo como la humedad de sus lágrimas. Helos aquí:

Soné vagar por bosques de palmeras  
cuyos blancos plumajes, al hundir.

su disco el sol en las lejanas sierras,  
cruzaban resplandores de rubí.

Del terso lago se tiñó de rosa  
la superficie límpida y azul,  
y a sus orillas garzas y palomas  
posábanse en los sauces y bambú.

Muda la tarde ante la noche muda  
las gasas de su manto recogió;  
del indo mar dormida en las espumas  
la luna hallóla y a sus pies el sol.

Ven conmigo a vagar bajo las selvas  
donde las Hadas templan mi laúd;  
ellas me han dicho que conmigo sueñas  
que me harán inmortal si me amas tú.

Mi padre y el señor M\*\*\* entraron al salón a tiempo que la canción terminaba. El primero, que tarareaba sólo entre dientes algún aire de su país, en los momentos en que la apacibilidad de su ánimo era completa, tenía afición a la música y la había tenido al baile en su juventud. Don Jerónimo, después de sentarse cómodamente como pudo en un mullido sofá, bostezó de seguida dos veces.

—No había oído esa música con esos versos—observó Carlos a mi hermana.

—Los leyó en un periódico—contesté,—y les puso la música con que se cantan otros. Los creo malos—agregué;—publican tantas insulseces de esta laya los periódicos... Son de un poeta habanero, y se conoce que Cuba tiene una naturaleza semejante a la del Cauca.

María, mi madre y mi hermana se miraron unas a otras con extrañeza, sorprendidos de la frescura con que engañaba yo a Carlos; mas era porque no estaban al corriente del examen que él había hecho por la tarde de los libros de mi estante, examen en que tan mal parados dejó a mis autores predilectos; y acordándome con cierto rencor de lo que sobre el «Quijote» había dicho, añadí:

—Tú debes haber visto esos versos en «El Día».



y es que no te acuerdas; creo que están firmados por un tal Almendárez.

—Como si no—dijo,—tengo para eso tan mala memoria... Si son los que he oído recitar a mi prima... francamente, me parecen mejor cantados por estas señoritas. Tenga usted la bondad de decirlos—agregó dirigiéndose a María.

Esta, sonriendo, preguntó a Emma:

—¿Cómo empieza el primero?... ¡A mí se me olvidan. Dílos tú, que los sabes bien.

—Pero usted acaba de cantarlos—observó Carlos,—y recitarlos es más fácil; por malos que fueran, dichos por usted serían buenos.

María los repitió; mas al llegar a la última estrofa, la voz era casi trémula.

Carlos le dió las gracias, agregando:

—Ahora sí, estoy casi seguro de haberlos oídos antes.

—¡Toma!—me decía yo:—de lo que Carlos está cierto es de haber visto todos los días lo que estos versos pintan; pero sin caer en la cuenta de ello, como ve su reloj, sin fijarse,

#### XXIV

Llegó la hora de retirarnos, y temiendo yo que se me hubiese preparado cama en el mismo cuarto que a Carlos, me dirigí al mío; de él salían en aquel momento mi madre y María.

—Yo podré dormir solo aquí, ¿no es verdad?—pregunté a la primera, quien comprendiendo el motivo de la pregunta, respondió:

—No; tu amigo.

—¡Ah! sí, las flores—dije viendo las de mi florero, puestas en él por la mañana y que llevaban en un pañuelo María.—¿A dónde las llevas?

—Al oratorio, porque como no ha habido tiempo para poner otras allí...

Le agradecí sobremanera la fineza de no permitir que las flores destinadas por ella para mi

adornasen esta noche mi cuarto, estuviesen al alcance de otro. Pero ella había dejado el ramo de azucenas que yo había traído aquella tarde de la montaña, a pesar de estar muy visible; sobre mi mesa. Cayendo en cuenta de ello, se las presenté, diciéndole:

—Lleva también estas azucenas para el altar. Tránsito me las dió para ti, al recordarme te avisara que te había elegido para madrina de su matrimonio. Y como todos debemos rogar por su felicidad...

—Sí, sí—me respondió,—¿conque quiere que yo sea su madrina?—añadió como consolando a mi madre.

—Eso es muy natural—la dijo ésta.

—¡Y yo que tengo un traje tan lindo para ese día! Es necesario que le digas que yo me he puesto muy contenta al saber que nos... que me ha preferido para su madrina.

Mis hermanos, Felipe y el que le seguía, recibieron con sorpresa y placer la noticia de que pasaría la noche en el mismo cuarto que ellos. Habíanse acomodado los dos en una de sus camas para que me sirviera la de Felipe; en las cortinas de ésta había prendido María el medallón de la Dolorosa, que estaba en las de mi cuarto. Luego que los niños rezaron arrodilladitos en su cama, me dieron las buenas noches y se durmieron después de haberse reído de los miedos que mutuamente se metían con la cabeza del tigre. Aquella noche no sólo estaba conmigo la imagen de María: los ángeles de la casa dormían cerca de mí, y al despuntar el día vendría ella a llamarlos para peinarlos y besar sus mejillas, después de haberles bañado los rostros con sus manos blancas y perfumadas como las rosas de Castilla, que ellos recogían para el altar y para ella.